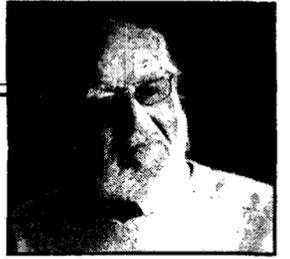


Vivencias y Confidencias

CRÓNICA PERSONAL

por ENRIQUE DOMÍNGUEZ MILLAN



El bandido 'Mediaoreja': noches de terror

Una de las vivencias de infancia que tengo grabadas con mayor intensidad en la memoria es la noche de terror vivida en la casa-cuartel de la Guardia Civil de Fuentelespino de Moya, dónde mi padre estaba destinado. Fue en el invierno de 1932. Tenía yo cinco años.

Extrañará sin duda que recuerde algo ocurrido a tan temprana edad, pero no tiene nada de extraño. La memoria es una potencia misteriosa cuya dimensión y cuyo alcance son difícilmente mensurables. Tampoco tiene clara explicación su comportamiento. No es muy comprensible, por ejemplo, lo que tantas veces sucede; que hayamos olvidado totalmente lo que hicimos el viernes de la semana pasada y, por contra, recordemos con abundancia de detalles algo sucedido hace no sé cuantos años. La misma imprecisión existe respecto del comienzo de la memoria. ¿A qué edad se empieza a tener memoria? O mejor; ¿desde qué edad se conserva la memoria? Es un dato que varía de una persona a otra sin nada que lo justifique. En mi caso, tengo memoria desde los cinco años. De ahí que el episodio que voy a narrar se encuentre entre los primeros recuerdos de mi vida.

Precisamente por ser un enigma, la memoria ha sido siempre para mí un motivo de atracción intelectual. En mi libro de reciente aparición 'Cantos de Soledad' dedico un poema a la memoria en el que, entre otras cosas afirmo:

«La memoria es una fuente oscura

de la que sólo mana agua pasada,
un libro sin sorpresas
en el que escrito está lo ya sabido».

También digo que es «un grueso pergamino donde la vida escribe sus verdades». De esas verdades que guardo escritas en el pergamino de mi memoria es de las que quiero dar cuenta a quienes tengan la generosidad de ser mis lectores en esta serie que tan hospitalariamente acogen las páginas de La Tribuna.

Pero volvamos al motivo de mi pequeña crónica. Hay quienes aseguran que el siglo XIX se prolonga en España hasta después de nuestra pasada Guerra Civil. Si esto fuese así la figura del bandido 'Mediaoreja' sería la prolongación en el tiempo de los famosos bandoleros decimonónicos cuya proliferación tuvo como consecuencia la creación de un cuerpo de seguridad denominado Guardia Civil, que sigue vigente, pleno de actividad y efectividad en nuestros días.

El 'Mediaoreja' tenía por escenario de sus fechorías la Serranía de Cuenca, la Sierra de Albarracín y la amplia zona en la que confluyen con nuestra provincia las de Teruel y Valencia. Su apodo -desconozco su verdadero nombre- procedía de un rasgo físico palmariamente

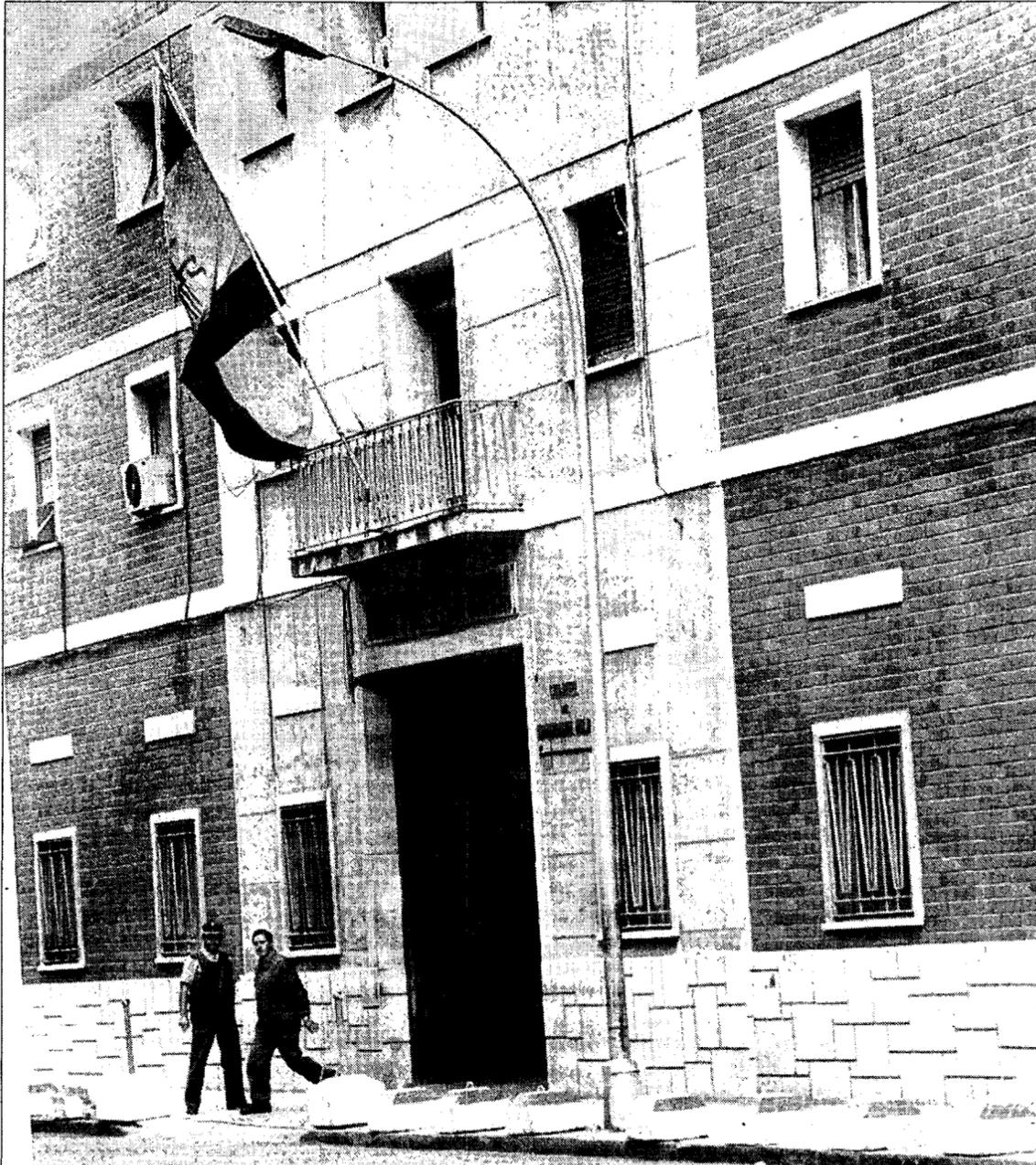


Imagen de una casa cuartel./L.T.

LAS MUJERES, SIN DISIMULAR EL MIEDO QUE LA INDEFENSIÓN LES PROVOCABA, DESPUÉS DE ATRANCAR PUERTAS, VENTANAS Y CUALQUIER HUECO QUE DIESE AL EXTERIOR, SE REUNIERON PARA PASAR LA NOCHE JUNTAS

identificativo: le faltaba la mitad de uno de sus pabellones auditivos por haberlo perdido no sé si en una riña de rufianes o en algún encuentro con la fuerza pública. Era un ser sanguinario cuyos crímenes se contaban por docenas, un delincuente cruel y escurridizo, que parecía poseer el don de la ubicuidad ya que tan pronto estaba merodeando por una comarca como por otra muy alejada de la primera.

En aquellos días había cometido atracos a mano armada en los términos de Landete y Garaballa. Informaciones recibidas en el cuartel de Fuentelespino le situaban oculto en algún lugar próximo al pueblo. El puesto de la Guardia Civil de Fuentelespino contaba con un puñado de guardias al mando de un cabo o un sargento. En total

no pasaban de la media docena de agentes. El comandante del puesto, apenas recibida la información, dispuso que la totalidad de sus efectivos -él mismo incluido- saliesen por parejas sin pérdida de tiempo a rastrear en todas direcciones el territorio encomendado a su custodia. Y así se hizo. A la caída de la tarde no quedaba en el cuartel un solo guardia civil. Sólo quedaban las mujeres y los niños.

Las mujeres, sin disimular el miedo que la indefensión les provocaba, después de atrancar puertas, ventanas y cualquier hueco que diese al exterior, decidieron reunirse para pasar la noche juntas y así permanecer hasta el regreso de sus maridos. Fue elegida como lugar de concentración nuestra vivienda. Tras la cena, allí se congregaron

las cinco señoras y los siete u ocho niños que habitaban en la casa-cuartel.

Hacía un tiempo infernal. Soplaban un fuerte viento que ululaba en las callejas y azotaba con furia ventanas y balcones. De tiempo en tiempo, golpeaban en los cristales las ráfagas de lluvia. En casa se había hecho acopio de leña para mantener encendida la estufa toda la noche. Los niños fuimos acostados sin desvestirse en las dos alcobas de que disponía nuestra vivienda: en una las niñas y en otra los varones. Recuerdo con angustia el miedo con que nos apretujábamos en la cama unos contra otros, los pequeños con la cabeza tapada bajo las mantas, y los mayores cuchicheando entre sí para darse ánimos. Poco a poco fuimos quedán-

donos dormidos. Hubo un tiempo en el que sólo yo permanecía despierto, oído avizor y conteniendo la respiración hasta que, agotado, me llegó también el sueño.

En la sala contigua rezaban las mujeres en torno a unos tazones de café. Aunque intentaban parecer serenas, el temor asomaba a sus ojos y ponía temblor en sus manos. Un pensamiento fijo atizaba su pánico: el de que el 'Mediaoreja', burlando a los guardias y sabedor de que el cuartel había quedado indefenso, se atreviera a asaltarlo y a llevar a cabo una sangrienta venganza en las familias de sus perseguidores. Fueron largas horas de angustia con dos momentos de verdadero terror. Uno a medianoche, cuando resonaron en el recinto fuertes golpes dados en la puerta principal. Los golpes se repitieron un par de veces y cesaron tan repentinamente como habían comenzado. El otro episodio de pánico ocurrió ya de madrugada, cuando las mujeres, agotados los rezos y las conversaciones, se habían refugiado en un silencio denso y temeroso. De pronto, un gran estruendo estalló en el patio trasero. Fue tan estrepitoso como instantáneo. Las pobres mujeres no pudieron ahogar un grito de pavor y los niños nos despertamos asustados y presos de un llanto convulso, corrimos al encuentro de nuestras madres.

Nada más ocurrió aquella noche. Lentamente volvió la calma, se apagaron los comentarios y los niños volvimos a quedarnos dormidos en los regazos en los que estábamos refugiados. Al poco se hizo de día, se abrieron los postigos y se prepararon los desayunos. Cuando los guardias regresaron las familias volvieron a sus viviendas y se recuperó la normalidad. Pero jamás se supo quien había golpeado la puerta del cuartel a hora tan intempestiva. En cuanto al misterio de aquel estruendo de madrugada, quedó desvelado enseguida: la fuerza del viento había arrancado de una ventana del piso alto una gran maceta que cayó golpeando contra los balcones hasta estrellarse en el suelo del patio. Fue causa de risa lo que antes había sido causa de espanto.

Los guardias no habían hallado rastro del 'Mediaoreja'. Una vez más se les había escurrido de entre las manos. Sólo meses después llegó una noticia que fue acogida con alivio: el 'Mediaoreja' había muerto en un enfrentamiento con la Guardia Civil ocurrido en la Sierra de Cuacalón, provincia de Teruel.

Naturalmente, muchos de los datos aquí recogidos los conocí después, en conversaciones y relatos de los mayores. Pero el terror que viví y que ví vivir aquella noche en Fuentelespino de Moya no he podido olvidarlo. Lo llevo escrito desde entonces en el pergamino de mi memoria.